

# INFLUENCIA DE CHARLES PÉGUY

## EN EL PENSAMIENTO DE EMMANUEL MOUNIER

Luis José González Álvarez

El personalismo de Emmanuel Mounier surge en la primera mitad del siglo XX como respuesta a la crisis profunda de civilización que amenazaba con destruir los valores personales del hombre occidental. En medio de un caos de ideas y de movimientos de toda índole, Mounier se levanta como defensor del hombre contra todas las fuerzas individualistas, colectivistas y espiritualistas que venían oprimiendo a las personas y vaciando sus vidas de sentido. Mounier ha sido caracterizado como educador y profeta: educador exigente del hombre y del cristiano de nuestro siglo, y profeta comprometido que denuncia el profundo desorden social de su tiempo, da testimonio de un orden personal trascendente a cada momento histórico y proclama la necesidad de una revolución espiritual que ataque el mal en la raíz.

Charles Péguy fue uno de los pensadores que más influyó en el joven Mounier. Se ha llegado a definir el personalismo mounieriano como un intento de mediación entre Marx y Péguy (1). No cabe duda de que el encuentro de Mounier, al finalizar sus estudios de filosofía en París, con la obra de Péguy marcó definitivamente su vida y todo

---

(1) Giorgio Campanini dice en este sentido: "Si può anzi affermare che il personalismo mounieriano si pone essenzialmente come un tentativo di mediazione fra Marx e Péguy, come un socialismo cristiano che abbia la forte carica umana di Péguy e insieme l'abito "scientifico" del marxismo. Alla rivoluzione essenzialmente morale di Péguy, alla rivoluzione puramente materiale di Marx, Mounier oppone la sua rivoluzione "personalista e comunitaria". **"La Rivoluzione Cristiana. Il pensiero politico di E. Mounier**, Brescia, Morcelliana, 1968, p. 43. Cfr. del mismo autor **Mounier fra Péguy e Marx?**, en *Studium*, 1966, No. 7.

su pensamiento. En Péguy fue donde cristalizó Mounier todas sus inquietudes apostólicas en una línea de pensamiento revolucionario. Su revolución personalista y comunitaria hunde las raíces en el socialismo cristiano inconformista de Péguy, recibiendo de él la savia más pujante y genuina (2). Mounier mismo confiesa esta íntima dependencia al relacionar su "revolución por el hombre" con la "revolución moral" de Péguy (3).

Al fundar la revista **Esprit**, en 1932, Mounier no se proponía resucitar la revista de Péguy, **Cahiers de la Quinzaine**. Sin embargo, la deuda que Mounier tiene con él en esta línea es grande. Fue en él donde Mounier vio plasmada la lucha contra el desorden de su tiempo enmascarado bajo valores espirituales (4). Por eso Péguy constituye para la joven vocación de Mounier "el maestro incontestado de una generación sin maestros" (5). Como Mounier, Péguy es

(2) "Ai fini della presa di coscienza rivoluzionaria si deve affermare che Charles Péguy è stato il vero "maestro" di Mounier, colui che gli ha trasmesso l'ansia rivoluzionaria e insieme l'esigenza di ancorare saldamente un'azione e una politica a una "mistica", ad una precisa concezione della vita e dell'uomo". Giorgio Campanini, **op. cit.**, p. 51

(3) En un texto radiofónico, el 28 de Enero de 1945, sobre Péguy, decía Mounier: "il a mis au porche de la grande révolution qui s'avance dans le monde, cette banderolle: "La Révolution sera morale ou ne sera pas". "Morale" est un mot qui, en cette matière, date un peu. Nous dirions aujourd'hui: la Révolution sera une révolution pour l'homme, ou ne sera pas". **Bulletin des Amis d'E. Mounier**, No. 12, junio 1958, p. 6.

(4) Cuando en 1938 le preguntaron qué era lo que le había llevado a abandonar su brillante carrera filosófica para consagrarse totalmente a la revista, Mounier respondió explicando su relación con Péguy: "D'abord d'avoir souffert toute notre jeunesse d'entendre certains désordres se réclamer des valeurs spirituelles et donner un visage d'hypocrisie aux réalités qui nous sont les plus chères. Cette souffrance à notre vingtième année s'est cristallisée sur un homme: Péguy. J'ai écrit mon premier livre sur sa pensée, il y a dix ans, et j'ai vécu alors, au moment où les vocations se forment, de longs mois dans l'intimité de son oeuvre.

Oh! Je n'essaie pas de l'annexer. Je prétends moins encore le continuer. Il est plus grand que nous. Et puis on ne continue vraiment que ce qu'on a essayé de recréer. Je dois à la vérité de dire que, quand je décidai de fonder **Esprit**, je ne pensais point à un pastiche ou à une résurrection des **Cahiers**. J'en étais encore, à l'égard de cette influence récente, dans cette volonté de recul et d'abstinence qui suit toute forte influence, surtout au lendemain de la publication d'un livre. Ce n'est que depuis, à mesure que notre oeuvre avance, que je vois de jour en jour ma dette s'accroître". **Action temporelle des catholiques**, en **Regards catholiques sur le monde**, dirigido por Dominique Auvergne, Desclée de Brouwer, 1938, p. 78. (También se encuentra en **Bulletin des Amis d'E. Mounier**, No. 18, diciembre 1961, p. 13).

En otra ocasión escribe Mounier: "Nous n'avons pas abusé, depuis qu'est née cette revue, des références à Péguy. Nous lui devons trop pour faire de cette dette un placard de publicité". **Esprit**, No. 77, febrero 1939, p. 627.

(5) **Esprit**, 66, marzo 1938, p. 806.

un hombre salido del pueblo que ha renunciado a su carrera, al éxito, a fin de servir con mayor fidelidad y creatividad al pueblo. El testimonio limpio, el diálogo, el universalismo acogedor, la lucha contra el mundo del dinero, contra el hábito, contra la hipocresía, contra la confusión, son sólo algunos puntos de coincidencia entre estos dos hombres revolucionarios.

Mounier representa la continuación, con otra perspectiva y en una situación social profundamente cambiada, del "socialismo cristiano" de Péguy. La lección recibida de éste, Mounier tratará de practicarla en su contexto histórico, esforzándose sobre todo por pasar del plano de la mística al de la praxis política. No es posible entender a Mounier sin Péguy. Muchos temas característicos del pensamiento comprometido de Mounier, como la denuncia del concubinato entre cristianismo y conservadurismo, la denuncia del espíritu burgués, la condenación del reino del dinero, el rechazo de la cultura academicista abstracta, son temas clásicos de Péguy. A él debe Mounier también la típica dialéctica que mantiene viva toda su obra entre temporal y espiritual, encarnación y trascendencia, compromiso y no-compromiso, acción y contemplación, éxito y testimonio, moral y política.

Sin embargo Péguy y Mounier son hombres bastante diferentes. Luchando ambos contra el "desorden establecido" de su tiempo, Péguy permanece un hombre del siglo XIX. Mounier vive abierto a los nuevos valores que se van abriendo camino en la primera mitad de este siglo en medio de grandes crisis y no siempre libres de errores que despiertan fuertes sospechas y reacciones negativas en otros pensadores cristianos. Jamás Péguy hubiera escrito los actualísimos textos de Mounier sobre la técnica y el progreso modernos. Jamás hubiera conjugado los valores tradicionales del pensamiento cristiano con algunos aportes de la praxis marxista para crear ese "realismo integral" que Mounier fijó como método al movimiento personalista. Péguy tenía la mirada puesta en el pasado; Mounier la lanza continuamente al futuro en busca de un hombre nuevo.

Pero veamos concretamente cómo surge esta relación entre ambos pensadores. Aunque ya conocía su obra, Mounier descubre verdaderamente a Péguy en las Navidades de 1928-29. A partir de Pascua de 1929 se dedica más intensamente a su estudio con el fin de darle,

como él mismo dice, "una nueva juventud". Bergson, Péguy y Juana de Arco constituyen en este tiempo la "familia" que dirige el espíritu de Mounier (6). Bajo la dirección de J. Maritain se lanza a la preparación de un libro sobre Péguy en colaboración con Marcel Péguy y Georges Izard. En 1931 será publicado con el título **La pensée de Charles Péguy**. De él se deben a Mounier la Introducción y la primera parte: "La vision des hommes et du monde". Nada mejor que analizar este escrito para conocer la vinculación existente entre ambos. Sobre todo si se tiene en cuenta que el gran influjo de Péguy en Mounier, subyacente en todos sus escritos, muy pocas veces se manifiesta por medio de citas explícitas. La visión que en este libro ofrece Mounier del pensamiento de Péguy encierra, como veremos, numerosas ideas que marcarán su propia vida y su propio pensamiento. Por eso analizaremos detalladamente este libro, destacando sobre todo las ideas que formarán parte de la concepción mounieriana del compromiso en la acción. La coincidencia entre los rasgos con que Mounier describe a Péguy y los suyos propios hace difícil precisar si fue que la personalidad cristiana de Péguy modeló la de Mounier por contacto, o si fué más bien que éste trató de fijar en el esbozo de Péguy los rasgos claves de su propia vocación ideal. (7)

En un mundo en crisis, el impacto que produce Péguy en el joven Mounier se debe a su encarnación de esa espiritualidad comprometida, por decirlo así, que Mounier buscaba como respuesta del cristianismo vivo y actual. Péguy es el hombre espiritual comprometido,

---

(6) Carta a J. Chevalier, 11 mayo 1929, en **Mounier et sa génération, Oeuvres de Mounier**, IV, p. 446.

(7) Como simple ejemplo, se podrían aplicar a la obra de Mounier las palabras con que él designa el pensamiento de Péguy: "Le philosophe y trouvera des concepts boiteux, le théologien des audaces suspectes, l'homme d'état des directions inapplicables. Ils auront raison, de leurs points de vue propres. Car ce ne sont ni des concepts élaborés, ni une orthodoxie enseignante, ni une législation qu'il faut demander à cette pensée toujours ouverte. Mais quelque chose comme les visions d'un prophète, ces idées multiples, serrées, fécondes, inépuisables à l'usage, qui apparaissent d'abord en foule bigarrée, et peu à peu révèlent leur plus profonde parenté. Que ces idées soient intimement unies et constituant, sinon un système, du moins un corps de doctrines concourantes, et non pas des utopies de jeunesse dont on garde avec un sourire la délicate mémoire, il était bon de le dire et de le prouver". I, 14s.

Las citas de Mounier que, como la anterior, aparezcan sin más indicaciones se refieren al vol. I de **Oeuvres de Mounier**, Paris, Seuil, 1961. En ese volumen se encuentra **La pensée de Charles Péguy**, pp. 11-125. Las citas de Péguy irán indicadas entre paréntesis, con referencia a **Oeuvres de Péguy**, publicadas en tres volúmenes por la Bibliothèque de la Pléiade.

el hombre que mete en crisis el espíritu burgués "habituado" y materialista del mundo moderno, y que sin embargo busca la salvación de todo lo temporal mediante la encarnación del espíritu. Vida de fe y vida política marchan en él de la mano, acabando con todo divorcio entre lo espiritual y lo temporal, y marcando un nuevo camino de esperanza en la salvación trascendental del mundo que se va realizando silenciosamente a medida que descubrimos y animamos la presencia de lo eterno en lo temporal. El **pensamiento comprometido** de Péguy, que veremos a continuación tal como nos lo presenta Mounier, será la pauta para comprender el pensamiento comprometido de éste.

### I. Péguy, un cristiano presente en el mundo

En el conjunto del libro Mounier nos describe a Péguy como un hombre presente en el drama del pueblo. Salido del pueblo, no se separa de él para instalarse en el plácido cielo de las ideas, sino que le permanece fiel hasta el último momento. Desde el arribo de Bourgoigne hasta los últimos años de su vida, cuando como cristiano se ve "obligado a permanecer en el pórtico", la miseria constituye su manjar cotidiano. Con razón podría reivindicar, como él mismo dice, "este genio particularmente profundo que nace de una experiencia continuada de la miseria" (8). Esta misma exigencia de presencia le lleva, como autor, a comprometerse totalmente en su obra. En dicho compromiso cifra la perfección de un autor sin establecer diferencia alguna entre él y su obra: "yo digo aquello que escribo. Yo escribo aquello que digo" (9).

En un tiempo en que las más hermosas inquietudes son falseadas por dos deformaciones iniciales, la complacencia literaria y la búsqueda de sí mismo, nos dice también Mounier, Péguy renuncia al camino que conduce al éxito y se desposa con la pobreza de todo el mundo. A los veinte años, mientras sus compañeros buscaban las

(8) I, 105, (*Avertissement*, I, 1328).

(9) I, 14. (*De la situation faite...*, I, 1125). Su sentido de la responsabilidad se puede ver, por ejemplo, en esta confesión: "Tout ce que j'écris est signé, quand même il n'y aurait point la signature de mon nom au bas de la dernière ligne. La signature est partout. . . C'est signé partout dans le tissu même". I, 26, n. 17. (*Un nouveau théologien*, II, 978).

serenas aventuras del pensamiento, él se zambulle en plena corriente de la vida política y social. Se coloca así de golpe en la donación de sí, el único ambiente respirable para el espíritu y el corazón. Desde el Renacimiento, Péguy es uno de los pocos pensadores animados por la inquietud no de producir, sino de servir. Es el hombre que "se encuentra perdiéndose, no en la superficie del mundo, . . . sino en el infinito, por una procesión inacabada hacia las fuentes de sí mismo" (10).

En la oficina, en la imprenta, en la calle, aparecía siempre como un hombre completamente volcado hacia fuera. Y sin embargo, era al mismo tiempo un hombre de vida interior, de meditación; un filósofo según el anhelo de los griegos, para quienes la metafísica no se divorciaba de la vida real (11). Jamás habría tolerado que se separase en él el pensador del hombre. "En el mismo movimiento pensaba su vida 'y vivía su pensamiento'". Esta compenetración le resultaba natural y central (12). Habiendo vivido en un medio en que cada solución había que conquistarla con el esfuerzo cotidiano, no podía olvidar el gran valor de la experiencia que le arrojaba al centro de violencia de los problemas humanos. Era plenamente consciente de que el pueblo es mucho más rico en sabiduría que la ciencia librecasca, porque el pueblo "conoce" el amor y el odio, el nacimiento y la muerte, la enfermedad y la salud, la alegría y la tristeza. Al pueblo se acercaba atentamente para beber su ciencia, no para "hacerle propaganda"; y con él proseguía el intercambio ante el papel, en la oficina de los **Cahiers**: "y Péguy, siempre presente, replica con viveza", afirma Mounier. El pueblo le había enseñado lo que son un destino y unas necesidades comunes. No pensaba ni actuaba para sí mismo. Comulgando en la ciudad como ciudadano y en la parroquia como cristiano, desconocía hasta la tentación misma de separarse. El pensamiento no era para él una aventura al margen de la humanidad, sino algo que debía jugarse en el corazón del pueblo, en un intercambio enriquecedor. Y puesto que el "pueblo" representaba para

---

(10) I, 15s.

(11) I, 20. (**Cahiers de la Quinzaine**, I, 1087).

(12) Más adelante nos confiesa el mismo Mounier: "Je ne connais de plus séduisant peut-être, dans cette figure contemporaine des inquiétudes et des divorces consentis de l'intelligence et du coeur, que cette amitié imperturbable, au sein d'une même vie, de l'homme qui pense et de l'homme qui agit". I, 21.

él no una clase social organizada, sino un estado de espíritu espontáneo, una plenitud de alma, llenaba su pensamiento de humanidad, sencillez y universalidad (13). Viviendo plenamente encarnado en el pueblo, "Péguy nos reconcilia con todo lo que lleva la tierra" (14).

\* \* \*

Esta breve pero profunda descripción de Péguy como hombre y como cristiano auténtico, Mounier le hará carne en su propia vida. Al estilo de Péguy, él será también fundamentalmente un místico; un místico de la acción encarnada. La pauta que con su vida y con sus escritos dejó trazada para el cristiano de nuestro siglo sigue urgiéndonos. Su sentido de la vida cristiana original le lleva a condenar sin miramientos esa falsa espiritualidad individualista y burguesa de tantos cristianos que venían y aún vienen pactando con el desorden establecido de la sociedad. El cristiano comprometido, según Mounier, se halla siempre presente en la vida del pueblo y vive decididamente, tanto en sí mismo como en su medio, la profunda miseria existente en el mundo. El primero en cargar con las tareas de la sociedad, volcado hacia fuera en la acción y de gran vida interior, vive en comunión total con los demás hombres como ciudadano y como cristiano. La donación sin reservas es el único clima respirable para su espíritu. Como luego veremos, es un profeta al servicio de la Verdad y de la Justicia. Abierto completamente a la obra de la Gracia, vive en la Esperanza de que sólo ella transfigurará su propia miseria y la de todo el mundo. Si es pensador, lleva adelante su obra con seriedad, responsable de cada una de sus palabras; busca la creatividad como servicio y no la simple producción; no huye al plácido cielo de las ideas, sino que se compromete con la pobre realidad de todos los hombres.

## II. Al servicio de la verdad y la justicia

Conducir su pensamiento como una acción significaba para Péguy poner en el acto intelectual el mismo fervor y la misma atención que ponía en su actividad política y social. El método para él no era

(13) I, 21.

(14) I, 15.

tanto una técnica intelectual cuanto un enderezamiento moral, es decir una técnica de la probidad. Daba preferencia, tratándose de método, a la probidad sobre la perfección de las técnicas, por constituir ella a sus ojos el medio más seguro de acceso a la verdad (15).

Péguy era un apasionado de la verdad, dice Mounier. La pasión de la verdad y la pasión de la justicia se unían en él en una misma fidelidad. "Decir la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad..." es el programa que impuso a sus **Cahiers**. Quien no dice la verdad cuando la sabe se hace cómplice de la mentira; no se puede buscar la paz de la conciencia en la abstención del silencio. Y como el error y la injusticia son llevados, alimentados y extendidos por personas, la única forma de no hacerse cómplice consiste en construir personalidades, concluye Mounier interpretando el pensamiento de Péguy (16). El culto de la verdad es el más escrupuloso de los cultos. No es posible distinguir en él grandes y pequeñas verdades, para entregarse de lleno a unas y despreciar a las otras. Son precisamente pequeñas mentiras o pequeñas injusticias las que, infiltrándose poco a poco, van pudriendo un país y exigen una revolución. Debemos escapar del gusto malsano por la verdad quirúrgica, dice Péguy, mediante la práctica modesta y regular de la verdad higiénica (17).

Péguy amaba la verdad bajo su forma cultural y humana más bien que científica y especulativa. Buscaba, por encima de todo, la fecundidad espiritual; lo importante para él no era establecer, demostrar, explicar, sino crear (18). Por eso ataca duramente el "intelectualismo", defendiendo sin embargo la inteligencia. Péguy sigue el bergsonismo que, como él mismo dice, "ha sido desde el principio un esfuerzo para conducir la razón al abrazo de la realidad". Este método es una vuelta a la realidad, como reacción contra los juegos libres del espíritu, las divagaciones de una dialéctica sin objeto (19). El bergsonismo pretende modelar constantemente las operaciones del pen-

(15) I, 29s.

(16) I, 25. (**Personnalités**, I, 460).

(17) I, 24-26.

(18) I, 48. Dice Péguy: "Il ne faut pas démontrer ni expliquer... Moi je crée. Il faut créer". I, 48, n. 65. (**Lettres et entretiens**, en **Cahiers de la Quinzaine**, XVIII-1, 170).

(19) I, 34. (**Note sur M. Bergson**, II, 1287s).

samiento sobre la realidad. La denuncia de un intelectualismo universal ha sido una de las grandes conquistas de la filosofía bergsoniana. El pecado de dicho intelectualismo es un pecado de pereza que consiste en vivir siempre a base de lo totalmente hecho ("tout fait"). Es ésta una categoría clave en el pensamiento de Péguy: lo **totalmente hecho** es lo carente de vitalidad, de creatividad, de iniciativa. La inmensa mayoría de los hombres, afirma Péguy, siente mediante sentimientos totalmente hechos, piensan mediante ideas totalmente hechas, quiere mediante deseos totalmente hechos. La idea totalmente hecha se ofrece al espíritu sin exigir esfuerzo, como si fuera una conquista no peleada. Le resultan extrañas la germinación, la fecundidad, la concepción. Es ficticia como un árbol de teatro es ficticio, sin importar que sea nuevo o viejo. Existen hombres que hacen ideas totalmente hechas; porque hay ideas que son totalmente hechas mientras uno las hace y ya antes de que uno las haga. La tendencia a lo totalmente hecho no es un vivo original y radical del pensamiento humano; pero sí es su eterna concupiscencia (20).

El pecado mortal del pensamiento es, para Péguy, la confusión. "Ella es la más baja infidelidad", nos dice (21). Por una pendiente casi insensible se llega del relajamiento intelectual a los compromisos deshonestos. El no podía tolerar a esos cristianos indecisos que pretenden servir al mismo tiempo a Dios y a Mammon, "jugar los dos juegos". De ahí sus aversiones tajantes. Existen paces, amistades, acuerdos monstruosos: dos hombres, por ejemplo, que no se entienden más que mediante una negación de ellos mismos y una mutua extenuación de la verdad. La confusión tiene su metafísica: el monismo. Los hombres libres y los acontecimientos libres son variados. Donde menos variedad existe es entre los esclavos, en las servidumbres. La confusión prepara la brutal unidad de la fuerza y la peor de las servidumbres humanas, la renuncia de sí en aras de una mediocridad sumisa (22). Péguy pide fidelidad a las reglas del juego; pero una fidelidad, no de forma, sino de fondo. Pide a las doctrinas, a los sistemas, a los partidos, que ante todo sean constantes y consecuentes consigo mismos, que no jueguen en dos mesas o en dos juegos opuestos.

---

(20) I, 35-37.

(21) I, 37. (Note conjointe sur M. Descartes, II, 1361).

(22) I, 37s.

En la irradiación de la verdad nuestra preocupación no debe ser el éxito, sino el testimonio. A la hora del combate nos toca a nosotros cuidar de que las condiciones sean puras y de que sean respetadas; pero la victoria no depende de nosotros: "La decisión del combate, dice, pertenece a Dios" (23). Péguy quiere que no mezclemos nada de humano al testimonio de la verdad. No rechaza la posibilidad de tener razón, sino la preocupación por tener razón, ya que con mucha frecuencia es sospechosa de amor propio. Esta búsqueda del puro testimonio es lo que asegura la honestidad del combate. Sigue en esto a Pascal cuando dice que nuestra misión no es hacer triunfar la verdad, sino sólo combatir por ella.

Péguy detesta la cobardía y rinde honor al heroísmo. Sin embargo el heroísmo no constituye para él un fin, sino un signo. Que dé relieve al coraje y al honor por encima de la cobardía y del éxito, no significa que coloque esas virtudes en la cúspide. El coraje no es nada si no está al servicio de la verdad y de la justicia; y por encima del honor se encuentra la santidad. El heroísmo no reside, según él, en la fuerza bruta, sino en el ímpetu que comunica la sed de justicia y de verdad. La paz y la "vida fácil" sólo se consiguen normalmente al precio de la traición. El establecimiento del derecho sobre la tierra lleva consigo mismo la guerra. "Los derechos del hombre y del Evangelio, comenta Mounier, han hecho derramar más sangre que la rapiña y la ambición". Por encima de la guerra y de la paz está la justicia (24).

\* \* \*

Mounier, en toda su obra, prosigue fielmente el camino trazado por Péguy al servicio del hombre mediante la verdad y la justicia. En la crisis de 1929 del mundo capitalista, Mounier vió mucho más que una sacudida amenazadora. Vió en ella la salida a flote de toda la corrupción y de todo el desorden —denominado por él "desorden es-

(23) I, 49. (Note conjointe sur M. Descartes, II, 1364).

(24) I, 48-53. En este sentido Péguy rechaza el pacifismo: "L'idée centrale du pacifisme (car je lui donne un centre), c'est que la paix est un absolu, c'est que la paix a un prix à ce point que mieux vaut une paix dans l'injustice qu'une guerre pour la justice". "Ou encore dans le système paix la justice n'est rien, au prix de l'ordre... Et dans le système droits de l'homme l'ordre n'est rien, au prix de la justice". Este último es para Péguy el sistema cristiano. I, 53, n. 83. (L'argent suite, II, 1198s).

tablecido"— que se escondía bajo la civilización occidental y la cimentaba como civilización de injusticia y de mentira. Pero, aleccionado por Péguy, no pierde el tiempo atacando las estructuras y los engranajes de la sociedad. El verdadero mal de ésta no se encuentra en sus estructuras, sino en el corazón de los hombres: en ellos es donde proliferan la falsedad y la injusticia. Por eso Mounier coloca su objetivo en la edificación de personas y propone el personalismo, no como filosofía alienante, sino como "perspectiva, método y exigencia". La **persona** es el centro del universo; y ayudar a construirla en cada hombre es la verdadera tarea de quienes deseen asumir comprometidamente la marcha de la historia.

Como Péguy, Mounier lucha contra el intelectualismo abstracto de tantos hombres que se entretienen en barajar las ideas sin contacto con la realidad social. No existe la verdad abstracta; la verdad, o es histórica o no es. La inquietud de Péguy, siguiendo a Bergson, de normar el pensamiento por medio de la acción, Mounier la llevará al extremo siguiendo el marxismo. Fue Mounier a través de **Esprit** quien insistió, antes que Sartre, en la necesidad de un pensamiento comprometido ("engagé"). Contra los teóricos de salón, Mounier insistió en la exigencia de pensar a partir de la realidad y para la realidad. El verdadero conocimiento no es el que "objetiva" la realidad distanciándola del sujeto, sino aquel en que el sujeto se compromete con su objeto de conocimientos. Pero Mounier, al rechazar el idealismo abstracto y los espiritualismos descarnados, no cae en el praxismo marxista. Su método busca un realismo integral que dé la primacía al espíritu sin olvidar los condicionamientos a que está sujeto por parte de la materia. Se aparta así tanto de los dogmatismos simplistas como de los cientifismos deterministas. Ambos se alimentan de lo **totalmente hecho**, como decía Péguy, es decir del hábito. Su preocupación consiste en ordenar, sistematizar, universalizar, teorizar. A las somnolencias del hábito Mounier opondrá el valor revelador del **acontecimiento**. El hombre que vive atento a los acontecimientos se encuentra abierto a la realidad cambiante. Todo ser, desde el más vulgar hasta el más sublime, puede convertirse en acontecimiento, en revelador del misterio, para mí si yo vivo atento al mundo que me rodea, al paisaje cambiante de la historia. Por eso Mounier llega a decirnos que el acontecimiento será "nuestro maestro interior". Sólo él nos libra de las rigideces del hábito y nos conduce al encuentro de la verdad

histórica. La confusión constituye también para Mounier el pecado capital del pensamiento, la peor aberración del espíritu, porque es el engaño de uno mismo y de los demás. Mounier será siempre un hombre de diálogo. Pero el verdadero diálogo no destruye la personalidad ni la verdad de quienes se enfrentan; busca con lucidez la parte de verdad que existe en cada posición, la separa del error que puede acompañarla en ambas partes y la pone al servicio de una superación mutua en comunión de camino.

Por lo que se refiere a la oposición péguysta entre éxito y testimonio, Mounier se vuelve más realista sin caer en el practicismo. Lo que él busca siempre es la eficacia histórica. Pero existe una doble forma de entender la eficacia: la eficacia a corto plazo, es decir el éxito inmediato y visible de la acción, y la eficacia a largo plazo, que se consigue mediante el testimonio en la acción desinteresada. La primera es la eficacia del político o del técnico; la segunda es la del profeta. Mounier opta por esta última. El problema surge al buscar la pureza en la acción. Mounier rechaza la obsesión de la pureza que esteriliza la acción. Esta obsesión nos puede hacer caer en el doctrinarismo o en la abstención, dos formas de traicionar la misión histórica. Aunque nuestro deber consiste en luchar por la encarnación del absoluto en lo relativo, las condiciones de la acción no dependen de nosotros. La acción nos arroja a un mundo hostil de datos preexistentes. Por eso jamás habrá pureza para la acción. Toda situación es impura, ambigua, desgarradora. Pretender actuar y transformar la historia sin abandonar nada de los principios, sin "ensuciarse las manos", es una contradicción. La acción perfecta es la que se consagra a la lucha, aun en combates dudosos, manteniendo la fidelidad a los valores absolutos; la que no renuncia ni al testimonio ni a la eficacia, aun sabiendo que difícilmente conseguirá unir ambos aspectos.

En su teoría de la paz, Mounier sigue también de cerca a Péguy, pero llegando a las consecuencias prácticas. La justicia es el verdadero fundamento de la paz. Luchar sin descanso por la justicia es la gran exigencia para todos. Los falsos pacifismos no son sino fugas cobardes de la realidad. Cada uno elegirá el método de lucha, la fuerza física o la fuerza espiritual (no-violencia), sin olvidar que ésta es la más difícil y está reservada a las vocaciones heroicas.

### III. Crítica del mundo habitado

Mounier analiza a fondo la crítica tajante que hace Péguy al mundo del hábito. Péguy lucha a lo largo de toda su obra contra el hábito en sus diversas expresiones. Una de ellas, como ya hemos visto, es el pensamiento totalmente hecho. El hábito, dice, es un "inmenso y universal parasitismo", un entorpecimiento que va dominando todos los resortes de nuestro espíritu y del mundo. Es la tendencia general de lo orgánico a las rigideces de lo mecánico. Veamos cómo ataca el hábito, según Péguy, el pensamiento, la acción y la misma vida interior.

**Memoria e historia.** Comenzaremos por la oposición entre **memoria** e **historia**. Péguy veía en el "Mundo moderno" (a partir de 1880, más o menos) una decadencia, la negación de todas las humanidades anteriores que se iban siguiendo con armonía unas a otras. Este mundo moderno estaba legiferado por el "Partido intelectual", un cierto tipo de intelectuales envejecidos antes de tiempo que parecían necesitar vivir en invernaderos, al margen del tiempo presente, para mejor conocer el pasado. Y no es que Péguy exigiese vivir en medio de algarabías y riesgos extraños, aclara Mounier. No, él pedía simplemente que cada cual buscara sus responsabilidades y cargara con ellas en medio de la masa, en los acontecimientos comunes, que son los que llevan adelante la historia. Este vivir en plena corriente de los acontecimientos es lo que, en el lenguaje semibergsonianiano de Péguy, significa vivir según la **memoria**. Mientras que vivir según la **historia** sería quedarse al margen de los acontecimientos, sustituyendo la experiencia del mundo por una visión esquemática, exterior y, por tanto, engañosa. La memoria es una especie de presencia viva e inmediata en nosotros de nuestro pasado, con todo lo que en él hemos reunido de humanidad. La historia es una inscripción, la memoria una resurrección. La historia consiste en pasar de largo el acontecimiento; mientras que la memoria consiste, estando dentro de él, en remontarlo en profundidad. Sólo la memoria puede estar a la vez en un tiempo y en otro, en un lugar y en otro. La historia no puede, porque es una evasión a un tiempo llano que ignora el tiempo. La mirada histórica, antes de constituirse en método, es una **actitud mental** espontánea. De ahí que la deformación histórica no se reduzca sólo a ese palidecer natural de todo pasado lejano; ella ataca al acontecimiento en el momento mismo en que éste tiene lugar. Por

eso volverse anciano, para Péguy, significa convertirse en historiador de los propios acontecimientos vividos. El hábito y la opinión pública se van apoderando de su vida hasta que llega un momento en el que el hombre no tiene mayor preocupación que la de conformarse a lo común. El instinto más querido del hombre, y sobre todo de la prudencia del anciano, es ser como todo el mundo, no sobresalir, no distinguirse. Por eso el hombre teme descender en sí mismo, mirarse. Descender en la propia vida compromete, mientras que bordearla libera. Llevar a cabo una operación de memoria es ya realizar una obra. Pero la ancianidad no se reduce a una edad determinada. Existen ancianos en todas las edades, del mismo modo que existen historiadores en todas las profesiones. Nada encuentran extraño y nada les conmueve; en realidad es como si nada sucediese para ellos.

El mundo moderno, además, defiende como un dogma fundamental que el hombre pueda abarcar en un conocimiento integral toda la realidad del hombre y de la creación, por medio de juegos de fichas adecuadamente dispuestas. Se pretende escudriñar al máximo la generosidad de lo real para agotarla y, si fuese posible, prescindir de ella por haberla superado. El antiguo orgullo del historiador enciclopedista, que creía tener el mundo sobre sus rodillas, ha sido elevado al infinito por los métodos "científicos", que han hecho al hombre moderno sentirse ilimitado y a la vez desembarazado de Dios. Se ha confundido la **exactitud** con el **agotamiento** del mínimo detalle. El agotamiento es una ilusión y una grosería del espíritu. La exactitud es la perfección del discernimiento, el sentido de la cualidad contra la religión del número, de la acumulación. En vez de pretender **entender**, se pone todo el esfuerzo en **establecer** delante de sí para juzgar. En lugar de aceptar, tomándola directamente, la luz de los hombres y de las obras, el intelectual moderno quiere someter la inteligencia a su prejuicio. Pero como lo real se rehusa a las miradas insumisas, el hombre moderno se ve obligado a permanecer fuera, comentando interminablemente sus complicaciones elaboradas. Sólo agota lo que es exterior a la historia, lo extrínseco. El resto permanece a disposición del hombre que sabe acoger y entender: "al historiador que se abandona para revestirse de memoria" (25).

**Mística y política.** Más conocida que esta oposición entre memoria e historia, nos dice Mounier, es la oposición entre **mística** y **política**. En ninguna parte se encuentra definida ex profeso, pero recorre toda la obra de Péguy. El término de mística viene utilizado por él en diferentes planos armónicos que marcan la evolución de su pensamiento. Considerada con relación al individuo al que anima, significa hostilidad a todo constreñimiento, pasión de libertad interior. Péguy se caracterizará siempre por su rebeldía: "Desobedeceré, decía, si la justicia y la verdad lo quieren" (26). La unión de estas dos palabras nos muestra que no es un deseo de rareza lo que le anima. No comparte el dogmatismo de lo mayoritario ni el de lo minoritario. Para él lo que importa no es el número, sino el valor de los hombres y de las ideas.

El espíritu místico es "una libertad trascendente que se escapa siempre hacia lo alto". No es un rechazo de las reglas por ser reglas: "Yo tengo tal gusto y tal admiración por la regla", decía Péguy (27). Es la verdad la que se constituye en regla única, en regla que libera y da espontaneidad, gratuidad. Esta libertad no sabría vivir al margen de la inocencia. Todo su interés está puesto en alcanzar una pureza más alta. Por eso una mística no es una pasión que atormenta el alma de quien la posee, sino una luz que excita el fervor evitando la confusión y un centro de unión de las fuerzas vivas del alma que excluye, por tanto, la disolución de su actividad en una búsqueda inútil de pura gratuidad. Péguy eligió el término mística por su profunda aversión a la palabra **ideal**, que llevaría en sí la confusión, no sólo por prestarse a elocuencias baratas, sino por hacer olvidar que lo espiritual es eminentemente real. Más aún que sentido innato de la libertad, un espíritu místico es el sentido mismo de lo espiritual; propiamente el sentido de lo eterno. La salvación eterna de un pueblo está por encima de su salud temporal y hasta por encima de su mismo honor. Para un hombre o un pueblo, seguir su mística consistirá en descubrir su propio "**genium**", su vocación, y en guardarles fidelidad absoluta, no porque sean suyos, sino porque son "una llamada hacia un destino más elevado".

---

(26) I, 72.

(27) I, 72. (*Lettres et entretiens*, en *Cahiers de la Quinzaine*, XVIII-1, 47).

Ahora bien, ¿qué es una política? "Una política es el producto de descomposición de una mística". La decadencia comienza en el interior de la mística misma en el momento en que el pensamiento totalmente hecho se apodera de la vida espiritual. Lo que era ímpetu místico cargado de vida, de fecundidad, se va convirtiendo en una causa a defender. El apóstol se vuelve partidista, el testigo abogado. La fidelidad a un principio se convierte en terquedad de la voluntad. La rigidez de alma, el espíritu "histórico" del "Partido intelectual", que tan duramente es atacada por Péguy, constituye un deseo de asegurar el espíritu contra todo riesgo espiritual, de escapar, como él dice, a la "gloriosa inseguridad del presente" (28); una transposición del espíritu burgués al reino de la inteligencia. "Ellos quieren ante todo estar tranquilos. Quieren ante todo ser sedentarios" (29). Para vivir seguros necesitan el apoyo de una potencia temporal. Y en ello radica su pecado imperdonable, en que tratan de establecer en situaciones intelectuales por medios temporales un gobierno tiránico de los espíritus. Una operación en apariencia espiritual, pero en realidad temporal. Péguy se subleva contra esta confusión entre los dos órdenes. El espíritu no somete, sino que irradia y acoge en su momento la adhesión del hombre libre. La verdad se propone, no se impone.

Una política comienza de este modo por una deformación de la inteligencia, y termina en corrupción de la acción. La ambición intelectual es una forma reducida y preparatoria de la ambición política. Una vez que la política se ha desarrollado, procura ocultar a los ojos del público la mística que le ha dado origen y asfixiarla en su interior. Cuando no le basta su propia mística acude a otras. Entre mística y política se da una enemistad radical. Las políticas, además, se odian entre sí, mientras que las místicas son como hermanas, se respetan y se aman unas a otras por distanciadas que se encuentren. Aun cuando son enemigas, lo son con una nobleza profunda. "Todo comienza en mística y termina en política", dice Péguy (30). Así es como se explican todas las dificultades y todos los "paralogismos de la

---

(28) I, 74. (Note sur M. Descartes, II, 1440).

(29) I, 75. (Ib., II, 1436).

(30) I, 77. (Notre jeunesse, II, 516).

acción" (31). Ejemplos existen por doquier. Depende de cada uno impedir o detener esta degradación a fuerza de desconfiar de sí mismo y de su acción. Es necesario vivir siempre en estado de alerta, de crítica y de independencia. Es necesario estar dispuestos a dar marcha atrás, a recomenzar, siempre que se aproxime uno al punto crítico. No importa tanto triunfar cuanto salvar la integridad del espíritu. "Lo esencial, nos dice, es que en cada orden, en cada sistema **la mística no sea devorada por la política a la que ha dado nacimiento**" (32). Los políticos todo lo mezclan y lo confunden. Su mayor pecado es jugar a la vez en la mesa de la política y en la de la mística correspondiente, para aprovecharse así de las ventajas de lo temporal y de lo eterno (33).

Las políticas son vanas e infecundas por sí mismas. Péguy les niega hasta el que sean prácticas. Son los místicos los prácticos, no los políticos. "Somos nosotros, dice, los que hacemos las obras y los hombres, los pueblos y las razas. Y son ellos quienes los arruinan" (34). Aun lo poco que son los políticos lo deben a los místicos. Sólo una mística es capaz de promover una revolución, de hacer caminar a la historia. El político no sabe más que envilecer y matar. Tiene horror hasta a la misma fecundidad. El hecho de que las políticas despierten el interés se debe al universal parasitismo del hábito. A medida que el mundo va produciendo místicas nuevas, el hábito las va devorando y transformando en políticas. De ahí que, después de una corta juventud, la historia de toda fundación importante sea la historia de su muerte (35).

---

(31) I, 77. Mounier cita aquí un texto de Péguy que describe la evolución apenas perceptible de esta decadencia de la acción: "Une ligne d'action était commencée, était poussée dans la mystique, avait jailli dans la mystique et avait trouvé, y avait pris sa source et son point d'origine... La vie suit son train. L'action suit son train... Et continuant, les mêmes personnes, le même jeu, les mêmes institutions, le même entourage, le même appareil, les mêmes meubles, les habitudes déjà prises, on ne s'aperçoit pas que l'on passe par-dessus ce point de discernement... Et l'aiguille est franchie... La même action, qui était légitime, devient illégitime". (*Notre jeunesse*, II, 523s.).

(32) I, 78. (*Ib.*, II, 516).

(33) I, 80. "Faire de la politique, dice Péguy, et la nommer politique, c'est bien. Faire de la politique et la nommer mystique, prendre de la mystique et en faire de la politique, c'est un détournement inexpiable" (*Ib.*, II, 586).

(34) I, 82. (*Ib.*, II, 540).

(35) I, 82s.

**La moral.** El hábito clava sus garras hasta en lo más profundo de la vida interior. Péguy ataca duramente a los moralistas de frente soberbia. Sin embargo su antimoralismo no tiene nada que ver con el amoralismo de algunos literatos de su tiempo. Cuando habla de la moral se refiere a **mores**, a la costumbre fija que opone la mediocridad rutinaria a los logros de la libertad. El busca las reglas del espíritu y del amor más allá de las reglas de la rutina y de las reglas académicas, "falsas reglas, como dice Mounier, inventadas para dispensar de amar". No le preocupa tanto el mal existente en las debilidades de la concupiscencia cuanto el que se oculta bajo el hábito. El hábito es el peor de los males. "Hay algo todavía peor, dice Péguy, que tener un alma perversa. Y es tener un alma habituada" (36). Los "moralistas" y los "devotos" son aquellos que practican las fórmulas por inercia, por pereza o por interés, y que tienen el alma vacía; son los políticos de la vida espiritual, los fariseos. Otro pecado de estos moralistas es la rigidez. Muchos piensan que una moral rígida es más moral que una moral flexible; cuando en realidad sólo la flexibilidad es capaz de seguir las sinuosidades del bien, por fidelidad, y las del mal, por caridad. La rigidez cuanto más tajante es menos severa. Las morales flexibles, dice Péguy, "exigen un corazón perpetuamente tenido al día. Un corazón perpetuamente puro" (37).

Estos profesionales de la virtud se constituyen inmediatamente en casta, formando la clase de las personas honestas. Se precian de cumplir al detalle todos sus deberes, pero nada más que sus deberes. Una vez instalados en el cómodo y honorable aparato de la honestidad, evitan todo contacto con las personas impuras, con el mundo del escándalo. Frecuentemente su blancura exterior no cubre sino pudredumbre, y con más frecuencia una incapacidad radical tanto para el bien como para el mal. Estas personas honestas pasan la vida acumulando avaramente pequeñas virtudes indulgentes en su caja de ahorros, porque sienten por ellas un gusto de propiedad y de economía. Péguy critica en este sentido la moral: "La moral es una propiedad, un régimen y ciertamente un gusto de propiedad. La moral nos hace propietarios de nuestras pobres virtudes" (38). Esta moral

---

(36) I, 83, n. 122. (Note conjointe sur M. Descartes, II, 1330).

(37) I, 87. (Note sur M. Bergson, II, 1290).

(38) I, 84. (Note conjointe sur M. Descartes, II, 1335).

interesada e hipócrita es la transposición de los principios de economía burguesa a la vida espiritual: tranquilidad para el presente, seguridad para el mañana y un buen retiro al final. Esa es la gente honesta que ha engendrado el cristianismo burgués —si es que pueden ir juntas estas dos palabras—, ese cristianismo para parroquias ricas, máscara piadosa de la inmovilidad. Las virtudes de la prudencia y de la modestia les sirven de argumento para no entregarse a las audaces aventuras del amor. Su orden superficial es un completo desorden, mientras que lo que condenan como desorden es frecuentemente el verdadero orden. Cristo, dice Péguy utilizando una paradoja, introdujo "el desorden. El mayor desorden que haya habido en el mundo... El mayor orden que haya habido en el mundo" (39). La piel inmaculada de estas honestas personas se va convirtiendo poco a poco en una coraza que las vuelve impermeables a la gracia.

Péguy trata de decirnos que la ley nueva es infundida en los corazones antes de ser escrita; que la vida cristiana se apodera del hombre más profundamente que las reglas. Y también que las buenas acciones vienen de más arriba del hombre. La vida cristiana ha sido inventada por Jesucristo, mientras que la moral ha sido inventada por los débiles. Juana de Arco no pedía a sus hombres virtudes, sino vida cristiana. Péguy poseía un sentimiento profundo de la vida cristiana que le hacía oponerse a las virtudes imperfectas adquiridas a fuerza de ejercicio. Si es verdad que la vida espiritual supone un continuo ejercicio, él quiere que al menos se procure no dar importancia a dicho ejercicio. A esto llevaría la donación plena. "No hay que salvar el alma, nos recuerda, como se salva un tesoro... Hay que salvarla como se pierde un tesoro. Dispenciándola" (40). Los que se entregan de verdad no pasan el tiempo ocupándose de sus acciones; no son kantianos. ¿De qué sirve la pureza si está hueca? "El kantismo tiene, afirma Péguy, las manos puras, pero no tiene manos" (41).

**El reino del dinero.** Lo que Péguy llama el "intelectualismo universal" se resume en una palabra: el reino del **dinero**. El dinero es lo

(39) I, 86. (*Mystère de la charité de Jeanne d'Arc*, III, 448).

(40) I, 87. (*Ib.*, III, 390).

(41) I, 87. (*Victor-Marie, comte Hugo*, II, 825).

temporal en su estado puro. Es la única potencia temporal que no mantiene la más mínima alianza con el espíritu. En el mundo moderno, por primera vez en la historia, una sola potencia material, la fuerza del dinero, ha podido con todas las potencias materiales y espirituales juntas. El dinero se ha constituido en soberano absoluto. No se trata de una inversión de la escala de valores, sino de su aniquilación. El hábito lo ha homogeneizado todo, vida interior ideas, valores; lo ha reducido todo a números intercambiables. La rigidez ha preparado la medida y la medida ha introducido la venalidad. "Toda la cuestión está ahí, dice Péguy. Qué es negociable. Qué no es negociable" (42). En la venalidad de los valores reside el envilecimiento del mundo moderno. La misma libertad, que por definición debería escapar a esta venalidad, ha sido atada de pies y manos para ser vendida como esclava. El reino del dinero ha suplantado todos los demás: el reino del espíritu libre, el de la santidad, el del trabajo humilde y gozoso, el de la acción desinteresada.

Toda la sabiduría del mundo moderno descansa sobre aquella máxima: no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Se trata de asegurarse hoy al máximo contra el riesgo del mañana, de ahorrar tiempo en vez de emplearlo hoy en producir serenamente. Esta es la regla de la sabiduría, de la prudencia, del gobierno de sí, que asegura una completa tranquilidad intelectual, moral y social. Paralela a esta regla, el mundo moderno tiene su institución modelo y central, la Caja de Ahorros. En la cartilla de ahorros que se entrega a los niños, ese breviario de la tranquilidad y la avaricia, ve Péguy el verdadero punto secreto de resistencia del mundo moderno al Avangelio. Ella sola, dice: "es lo bastante fuerte como para detener el golpe a los Evangelios, porque es el libro del dinero, que es el anticristo" (43). El ahorrador de dinero, el avaro, es el verdadero dilapidador. Ha dilapidado su alma vendiéndola por nada, por un poco de dinero. El paraíso que canta Péguy al comienzo de **Eva** es un paraíso de lujo y sobreabundancia. Pero Eva comenzó a ahorrar, nos dice, a contar,

---

(42) I, 89. (Note conjointe sur M. Descartes, II, 1451).

(43) I, 90. (Ib., II, 1461s.).

(44) I, 90s.

a administrar. Dios se retiró del mundo y éste se volvió deshonesto y avaro. La avaricia del mundo es el hábito (44).

\* \* \*

Esta cuádruple crítica de Péguy contra el mundo habituado será continuada por Mounier en su denuncia del desorden establecido. Una primera exigencia del compromiso revolucionario de Mounier, teniendo en cuenta que su revolución es fundamentalmente espiritual, consiste en la lucha permanente contra el hábito que, incrustándose en los corazones y en las estructuras, exclaviza y asfixia la vitalidad del espíritu. Esta lucha irá dirigida contra todas y cada una de sus expresiones. Ya habíamos visto cómo Mounier sigue a Péguy en la lucha contra el pensamiento habituado. Pero el hábito ataca también la misma vida interior y la acción.

Aunque Mounier no conserva la terminología de oposición **memoria-historia**, denuncia incansablemente esa forma de vivir fría e irresponsable al margen de los acontecimientos, que es una evasión. El hombre presente, comprometido, a la vez que busca la profundidad en su propio ser mediante la vida interior, se sumerge en plena corriente de los acontecimientos, toma en serio sus responsabilidades sociales de acuerdo al momento histórico que le ha tocado vivir. Su vida se halla tendida dialécticamente en un movimiento tridimensional, simultáneo y complementario, de exteriorización, interiorización y superación o trascendimiento. El hombre debe salir del anonimato de la masa para realizarse en la singularidad personal asumiendo su compromiso histórico y comunitario.

La lucha contra el "moralismo" es clave también en el esfuerzo de Mounier por devolver al cristianismo de su tiempo —no muy diferente del nuestro— el rostro original deformado por el individualismo burgués. Mounier declara guerra a muerte a esa forma de moral tradicional farisaica que aletarga y asegura a los espíritus cómodos, a las "buenas conciencias", mediante la práctica de reglas muertas, dispensándolos de las exigencias de la verdadera vida espiritual. El cristiano debe seguir la ley del Espíritu, que es la ley del amor; no las leyes de la rutina. El espíritu cristiano, al exigirnos desprendimiento y donación total, nos hace vivir en el riesgo continuo. La espiritualidad moralista es la que ha convertido también a la religión cristia-

na en opio del pueblo, en seguridad para los opresores y resignación para los oprimidos. Si al cristiano se le ha comunicado una nueva Vida, no es para mutilarlo ni para postrarlo en tierra, grita Mounier, sino para que afronte y transforme el mundo con mayor fuerza y libertad.

La oposición tajante de Péguy entre mística y política Mounier la bajará del plano profético al plano de la praxis política, entendida ésta en sentido amplio. No debemos olvidar que política, en el sentido en que ambos pensadores la rechazan, venía a significar la acción que mira directamente al poder ejercido en los pueblos. Como Péguy, Mounier denuncia esa política partidista que no busca sino la consecución y el mantenimiento del poder valiéndose de cuantos medios, lícitos o ilícitos, sirvan a su cometido. En el corazón de este tipo de política se halla el engaño, la hipocresía, el egoísmo, la venalidad de los valores, la búsqueda del éxito a cualquier precio. Por eso es necesario denunciar toda acción política que se aproveche de una mística y la degrade poniéndola al servicio de los intereses individuales o del partido.

Però Mounier no olvida que existe otro sentido, el verdadero sentido, de la política: la acción que mira directamente al gobierno de los pueblos buscando el bien común de los ciudadanos. El mismo deja trazadas las líneas orientadoras para una política personalista. La acción política es una forma de acción necesaria. El que Mounier no se haya comprometido en esta forma de acción se entiende teniendo en cuenta su temperamento y su propia teoría del compromiso. Para que una acción sea plenamente humana deberá al mismo tiempo transformar la realidad, perfeccionar al agente, acercarlo a los demás hombres y enriquecer el universo humano de los valores. La acción posee de este modo varias dimensiones que se extienden como en abanico desde lo económico y técnico (transformación de la realidad material) hasta lo contemplativo (encarnación de los valores) pasando por lo ético, lo político y lo profético. A causa de la limitación humana que nos impide integrar todas estas dimensiones en nuestra acción, existen diversos tipos de acción y diferentes hombres de acción. Nadie puede ser técnico, político, profeta y contemplativo a la vez. Pero toda acción que pretenda incidir en la historia deberá mantenerse tendida entre dos polos, el político y el profético, participando de ambos. Por eso toda la obra de Mounier se revela como un esfuerzo

por integrar lo profético —denunciando y anunciando— y lo político —trazando las bases de una nueva civilización personalista y comunitaria. En esto superó, como decíamos, la postura profética de Péguy complementándola con el sentido de la praxis marxista; aunque siempre inclinándose más a lo profético que a lo político. Mounier será fundamentalmente un místico; pero un místico de la acción. Mantener la acción a nivel de las místicas, no dejarla pudrirse a nivel de las políticas partidistas será su principal obsesión metodológica como hombre de acción.

Pero es en el último punto, la lucha contra el reino del dinero, donde Mounier acercará más la denuncia profética de Péguy a la teoría económica de Marx. Con Péguy combate la actitud mercantilista que el espíritu individualista burgués asociado al sistema capitalista ha introducido en occidente reduciéndolo todo, objetos, personas y valores, a mercancías negociables. Este espíritu "capitalista", lo más opuesto al espíritu cristiano que es donación y abandono, ha robustecido el egoísmo en el corazón de los hombres y el individualismo en las estructuras sociales. Tres tipos de hombres en nuestra sociedad son obra nefasta del reino del dinero: el rico, el pequeño burgués y el miserable (nosotros diríamos el marginado); los tres imposibilitados para una auténtica vida personal y comunitaria. Sin embargo Mounier no se detiene en la denuncia. La vida personal no puede desarrollarse en el hombre sin unas estructuras adecuadas. Y él se lanza a esbozar una economía personalista. Aunque rechaza el marxismo como sistema absolutista, toma lo mejor de su análisis económico y propone como ideal un socialismo que se norme de acuerdo a la capacidad de los individuos y a las necesidades de todos, no de acuerdo a los intereses del capital.

Todo esto que Péguy denomina el mundo habituado está animado por el espíritu burgués, que Mounier continuará combatiendo con todas sus fuerzas. El espíritu burgués es la encarnación en una civilización del egoísmo, la comodidad, la ruindad, el materialismo, la mediocridad, la hipocresía, la mentira. Presentado de esta forma resulta repugnante. Pero para gozar de buena acogida, el espíritu burgués ha sabido mezclarse con seudovirtudes cristianas de forma que las "buenas conciencias" no se percaten del desorden en que viven, ni de la podredumbre que encierran en sus vidas. El espíritu burgués se encuentra en el polo opuesto al espíritu cristiano. Por eso Mounier

se rebela contra el pacto que la cristiandad mantiene con él en secreto. La primera llamada que Mounier lanza a los cristianos desde **Esprit** es una invitación angustiosa a romper con el "desorden establecido" que el espíritu burgués ha introducido en la Iglesia. No es extraño, por eso, que a pesar de su profunda vida cristiana y de su defensa del auténtico espíritu cristiano estuviese a punto de ser condenado.

#### IV. Decadencia del mundo y encarnación del espíritu

Para conocer el sentido del desarrollo del mundo, de la marcha de la historia, Péguy se sirve fielmente de los análisis bergsonianos. El determinismo y el mecanicismo han sistematizado el universo según el hábito, haciendo de él un mundo rígido, con la rigidez de un cadáver. Desconocen la naturaleza del presente, que se confunde con el pasado. No quedando lugar para el menor acto gratuito, la historia se convierte en un único acontecimiento infalible. La duración, por tanto, no tiene sentido. Para Bergson, sin embargo, el hecho de que el mundo no se desarrolle en un instante indica que la duración tiene alguna razón de ser. Ella detiene la marcha del mundo precisamente para permitirle realizar formas que no se encuentran incluidas en las promesas primitivas. Es a la vez la paciencia y la esperanza del universo. De ahí que el presente tenga su espesor, el espesor precisamente de la libertad en el mundo. El presente es el punto donde se juega la suerte del universo, un punto de riesgo y de esperanza.

En la reducción del presente al pasado se reconoce el mecanismo general del hábito. La duración incrusta el acontecimiento. Todo lo temporal está destinado a caer en la historia. Por eso encontramos en la duración, es decir en todo ser creado, una especie de pesadez y de decadencia, una pérdida constante. La muerte aparece en cuanto surge algo nuevo. Es ley de lo temporal que los logros nunca sean adquiridos para siempre y que las degradaciones sean casi por naturaleza irrevocables. Desde la creación del mundo su marcha es una caída continua. Caída en la que nosotros participamos sin otra alternativa que la resignación a lo inevitable. La duración es un caminar hacia la muerte. La experiencia es el lento progresar del hábito y de la muerte. Y la muerte es el punto en que un ser rehusa el presente; es la total irreversibilidad. Todo va muriendo poco a poco por propia muerte interior.

Péguy rompe así con la metafísica oficial de su tiempo que, proyectando una vez más a la teoría la práctica burguesa, alimentaba las teorías del paraíso terrestre. La teoría del progreso continuo es una teoría de caja de ahorros, de capitalización, dice Péguy. Hay que renunciar a tal ilusión. Se dan ciertamente conquistas del espíritu, pero no en forma de progreso escalonado. Todas sus conquistas están sujetas a la ley de decadencia universal.

Aunque la degradación es de suyo la ley de la materia, todo espíritu encarnado está sujeto a ella. En el hombre alma y cuerpo están íntimamente ligados; juntos caminan hacia la salvación o juntos se caen. Del mismo modo sucede en el universo entero. No conocemos idea, espíritu político, social, histórico, ni siquiera religioso que no haya aparecido y se desarrolle en un determinado **corpus**. El universo no es un bello teorema inmóvil, como pretende el espíritu moderno, sino que como la vida misma está sacudido por ritmos, es inhumano, injusto, irregular. Todo acontecimiento está inserto en el tiempo y en el espacio, sujeto a la tierra, al hombre, a la lengua. Así mismo lo eterno no nos alcanza más que entrando en el soporte que le prepara lo temporal. "Lo espiritual, afirma Péguy, está constantemente acostado en la cama de campaña de lo temporal" (45).

Esta visión del mundo converge en la Encarnación, a la vez símbolo y principio. Toda realidad es imagen de esta "pieza clave" del cristianismo. Cristo ha tomado la Encarnación en serio, con exactitud y sin reservas. Ha sido hombre como los demás, ligado a un espacio, a un tiempo, a una raza, a una historia. Ha sido libre hasta el último momento, de cumplir o no las profecías. Ha constituido un acontecimiento y, como todo acontecimiento, ha vivido precario y discutido. Porque quería que su memoria fuese una memoria de hombre, conservada humanamente, se ha entregado a los historiadores y exegetas lo mismo que a los verdugos. Así, de igual modo que Cristo, lo espiritual y lo eterno, en este orden de encarnación, están continuamente expuestos a las inquietudes e incertidumbres de la materia. Aquí es donde reside la fuerza de nuestra debilidad y al mismo tiempo nuestra responsabilidad. Depende de nosotros, dice Péguy, "(singular inversión) que a lo espiritual no le falte lo carnal... que a la eternidad

(45) I, 101. (*L'argent suite*, II, 1167).

no le falte un tiempo... Que a Dios no le falte su creación" (46). Un simple movimiento de olvido o de infidelidad y todo se viene abajo. Depende de nosotros el asegurar a las palabras eternas sembradas por Jesucristo una especie de segunda eternidad, una eternidad temporal; asegurarles un sostén vivo, una **fidelidad** —con todo lo que implica esta palabra tan querida para Péguy. El tiempo ya no es sólo una imagen móvil de la eternidad, sino su hostelero responsable.

Esta íntima trabazón entre lo temporal y lo eterno no significa, sin embargo, confusión. Péguy afirma con energía a lo largo de toda su obra, explícita e implícitamente, la irreductibilidad de ambos órdenes. Dios por amor se ha interesado en el mundo, hasta en sus más pequeñas creaturas, y por su Encarnación ha querido interesar al mundo entero en El. Por su posesión esencial de la personalidad y por la Encarnación de su Hijo, ha validado toda persona y toda naturaleza que a El se una, permitiéndoles perderse en El sin destruirse; antes bien realizándose plenamente. El Cuerpo Místico es de este modo solidario del mundo como el mundo es solidario de la Redención; y el amor a sí mismo bien entendido, el amor al prójimo y el amor a Dios son un mismo y único amor. Desde este punto de vista el sentido de lo real es el sentido de Dios mismo. Se da un influjo mutuo entre lo espiritual y lo temporal: lo temporal alimenta incesantemente a lo espiritual y éste ilumina incesantemente a lo temporal. Ciertamente, lo espiritual es primero y está por encima de todo; pero en el orden **natural** el espíritu jamás se halla separado de una materia. Ya hacía tiempo, comenta Mounier, que nadie subrayaba con tanta precisión y que nadie cantaba con tanta intensidad este abrazo profundo y cálido entre el cielo y la tierra. Péguy habla un lenguaje bergsoniano al tiempo que nos religa a la más auténtica tradición humana y cristiana.

La experiencia central de Péguy es la experiencia de la profunda miseria ("détresse") existente en el mundo. Ella domina toda su vida y se encuentra en la encrucijada de todas sus ideas. El la ha conocido bajo todas sus formas, inquietud, desesperación, sentido trágico; pero especialmente bajo su forma más dura, la miseria desnuda de los corazones mediocres o de los destinos triviales. Esta miseria vacía, triste y sin consuelo, corroída por el hábito y la indiferencia, es la

---

(46) I, 102. (*Porche du mystère de la deuxième vertu*, III, 594).

que ocupa el centro de todas las miserias y el centro de lo temporal. Parece como si una conspiración general del silencio tratase de hacernos ver que no existe tal miseria. Y sin embargo existe. Pero más grave aún que el silencio es el hablar de ella sin haberla vivido, como charlatanes, o el servirse de ella por necesidad de estilo o de actitud. La miseria no era para Péguy un simple artificio literario de la imaginación, ni un tema político para hacer demagogia. Ella constituía su manjar cotidiano y lo llevaba a veces hasta el borde de la desesperación. Pero la miseria para Péguy era todavía más que su profunda miseria personal y más que una injusticia social. Era una especie de situación cósmica, el gran acontecimiento del universo. Como socialista la juzgaba totalmente infecunda, un infierno sobre la tierra, un mal absoluto. Como cristiano no se resignaba a la miseria económica de la sociedad, que sigue siendo una injusticia aunque por ella se pueda obtener un bien interior. (47).

En su lucha contra la miseria llegará a dominarle el terror de la impotencia. Solamente en los pequeños tratados de educación, nos dice, el justo es feliz sobre la tierra. En realidad todo está perfectamente organizado para que la iniquidad reine temporalmente. No hay nada que hacer; la partida es desigual. Somos cómplices del mal cuando no luchamos; y cuando luchamos desperdiciamos caridad inútilmente. Aun los pocos logros de la caridad son arrastrados por la enorme corriente del mal; y el total del sufrimiento en el mundo es doblado por quienes lo acogen compadeciendo. El bien se halla completamente sumergido por el mal, ya que es mucho más fácil destruir que construir. Para destruir no se necesita más que seguir la inclinación del tiempo. Son necesarios muchos años y muchos trabajos para construir a un hombre, mientras que un simple golpe acaba con él en un instante. Lo propio del arado es trabajar años y años, mientras que lo propio del sable es trabajar en un solo minuto y hacer más, ser más fuerte. Péguy se coloca en el partido del arado, de los que son menos fuertes, menos rápidos; de los que hacen menos, porque construyen. "Nosotros, dice, seremos siempre derrotados". Mientras que ellos, los que destruyen, el partido del sable, estarán siempre por encima. Y termina exclamando: "Es siempre la salvación la que

pierde y siempre es la perdición la que gana. Todo es ingratitud, todo es desesperación y perdición" (48).

\* \* \*

Mounier se aparta bastante en su vida y en su obra del pesimismo temporal de Péguy. Para éste, como hemos visto, la ley de la materia es la degradación, la marcha del mundo es una continua decadencia. De ahí que rechace la teoría del progreso continuo como una ilusión. Su visión cósmica está dominada por su profunda experiencia de la miseria. Esta constituye un mal absoluto que tiene dominado al mundo. Mounier seguirá más bien en este punto la cosmovisión de Teilhard. Existe en la marcha del mundo y de la historia un doble movimiento: un movimiento de despersonalización, de degradación y un movimiento de personalización que se va abriendo paso lentamente y va triunfando poco a poco en su lucha con el primero. Por ser la persona la cúspide del universo, Mounier propone con optimismo su filosofía personalista como pauta de solución para una sociedad en crisis, cansada de idealismos y espiritualismos, temerosa de los sistemas totalitarios y atraída en su desesperación por el nihilismo existencialista ateo que reduce la existencia humana al absurdo. En la perspectiva personalista, común a Teilhard y a Mounier (aunque planteada desde ángulos distintos) la persona y el universo se confieren mutuamente sentido y nos libran de caer en el pesimismo ante el mal existente en el mundo.

En lo que Mounier sí está de acuerdo con Péguy es en el punto de la encarnación del espíritu, que constituirá el eje de su concepción del compromiso temporal. Lo espiritual está encarnado en la materia. De ahí que la Encarnación, pieza clave del cristianismo, principio y símbolo de toda la realidad, constituya el centro del pensamiento teológico de Mounier. La pauta para nuestra comprensión del vínculo entre lo temporal y lo eterno nos la dejó trazada Cristo mismo al tomar la Encarnación con toda seriedad, hasta el anonadamiento en la Cruz. El que lo espiritual y lo eterno estén continuamente expuestos, por su encarnación, a las inquietudes e incertidumbres de la materia, nos hace a nosotros responsables de sus logros. Depende de nosotros el que lo espiritual y lo eterno permanezcan encarnados en lo temporal y lo sigan encaminando hacia su plenitud desde su interior. De ahí nuestra exigencia de fidelidad a la encarnación. Exigencia que

(48) I, 106-108. (*Mystère de la charité de Jeanne d'Arc*, III, 380s.).

llevó a Mounier a poner el máximo acento en la dimensión encarnada de la vida personal y a que su obra fuese caracterizada como una ética o una filosofía de la acción y del compromiso. El fue uno de los pensadores cristianos de nuestro siglo que más relieve dio al valor de lo temporal dentro del cristianismo.

Pero, siguiendo también a Péguy, Mounier dejó bien claro en toda su obra que no existe confusión ni identidad entre lo temporal y lo sobrenatural. Ambos órdenes son irreductibles. Lo temporal alimenta a lo espiritual a la vez que es iluminado por él. La trascendencia constituye una dimensión fundamental en su filosofía que complementa la dimensión de la encarnación. El hombre que olvide el llamado trascendente radicado en el corazón mismo de la vida personal se objetiva disolviéndose en el mundo impersonal de la materia. Y el cristiano que deje a un lado la vida sobrenatural del espíritu reduce a la nada su cristianismo, ya que es esa vida la que le constituye en su ser propio de cristiano. Mounier, en su búsqueda de un cristianismo secular, previno como ninguno contra el peligro de vanalizar la vida cristiana reduciendo lo sobrenatural a lo temporal por reacción contra el sobrenaturalismo desencarnado de los siglos anteriores.

## V. La salvación por la esperanza

Ante el triste panorama descrito anteriormente Péguy no se cruza de brazos ni se desespera. Por temperamento es un hombre de ofensiva que combate contra el destino y trata de forzar la historia. Y por vocación es un hombre de salvación. La salvación está por encima de la miseria. Péguy denuncia a esos espíritus sádicos que se disminuyen ante la realidad de la miseria y llegan a odiar todo tipo de salvación, encontrando un gusto maligno en la condenación temporal. Son enemigos de todos los valores y de todas las grandezas. Denuncia también a esos resignados cuya resignación consiste en un simple dejar pasar. La resignación cristiana, nos dice, no es un debilitamiento. El cristiano está poseído por un espíritu de revuelta que es superior a ciertas paciencias. Cuántas paciencias no son sino anestésicos —“**patientiae NON patiendi**”— (49), viles abdicaciones de la condición misma del

---

(49) I, 110. (Note conjointe sur M. Descartes, II, 1316).

hombre, trivialidades calculadas para no tenerse que enfrentar al destino. Cuántas falsas paciencias y falsas prudencias para rehuir el combate. Tener paciencia significa sufrir, aguantar y soportar; no olvidar la miseria a fuerza de acostumbrarse, sino cargar sobre sí toda la miseria para transfigurarla. No creer en la salvación o simplemente no pensar en ella, es hacer de lo temporal la ley única del universo y, de manera singular, hacer de lo temporal la ley de lo eterno. Sería la herejía inversa al optimismo socialista. Para el cristiano supone una herejía de fe, lo que se podría denominar la herejía temporal, que consiste, según Péguy interpretado por Mounier, "en proponer que lo temporal a medida que pasa... terminaría por consumir lo eterno, por disminuir lo sacramental" (50). Todo evento es irreversible; pero lo eterno y lo sacramental no entran en la categoría de evento, sino que permanecen igual por los siglos. Aunque Péguy haga resaltar la estrecha unión existente entre lo temporal y lo eterno más que su respectiva independencia, deja muy claro que lo sobrenatural es independiente de la ley del mundo natural.

Y puesto que lo eterno escapa a la ley de lo temporal, hay salvación posible. Lo que importa es quererla, sobre todo cuando la situación es grave. A partir de los veinte años, toda la inquietud de Péguy como socialista y como cristiano fue la de salvar. Hay que salvar sin cesar. Pero ¿cómo salvar? Ya hemos visto que lo temporal ni siquiera tiene en sí la fuerza para mantenerse. Sin embargo debe colaborar en la salvación eterna. Es necesario "hacer los gastos temporales", afirma Péguy, aun cuando se trate de una revolución espiritual. "Ayuda tú, que el cielo te ayudará" no es para él un simple proverbio; es una teología, la única teología ortodoxa (51). Juana de Arco y Bergson fueron los dos maestros que marcaron la dirección de su espiritualidad. Juana constituía para él el modelo exclusivo de toda santidad por su fidelidad a la tarea humana. Y de Bergson había aprendido que el espíritu se compromete en la materia por la acción. Lo temporal es primero; pero vivificado por lo espiritual. De otro modo, como ya hemos visto, la acción humana cae en la política. El código péguysta del buen combate, dice Mounier, consiste en "llevar la acción hasta el término, por lealtad, y después remitirse a Dios para el resultado". Esta lealtad excluye otro tipo de sabotaje a la

(50) I, 111. (*L'argent suite*, II, 1235s.).

(51) I, 112. (*Ib.*, II, 1189).

acción, peor aún que la negligencia, el de quienes despreciando lo temporal tratan de darse una grandeza espiritual engañosa. Es el pecado capital de los políticos devotos. "Porque no tienen el coraje de ser del mundo, les critica Péguy, creen que son de Dios. Porque no tienen el coraje de pertenecer a ninguno de los partidos del hombre creen pertenecer al partido de Dios. . . Porque no aman a nadie creen amar a Dios" (52).

La salvación auténtica se realiza por transfiguración de lo temporal, no por su mutilación. Nadie ni nada debe quedar ausente de la salvación eterna. Hacer los gastos temporales significa también que lo temporal debe participar él mismo en la salvación. No se pueden jugar los dos juegos a la vez, el de lo temporal y el de lo eterno. Hay que hacer una revolución en el corazón mismo de lo temporal, una inversión que prepare la acogida de la gracia. Pero una revolución no es la sustitución de un mundo por otro, sino un ahondamiento, un sobrepaso en profundidad, una búsqueda de las fuentes más genuinas y profundas, un renacimiento. La salvación consiste en ver el mismo mundo con una nueva luz. Si la Virgen tiene para Péguy un valor único es porque participa de ambos órdenes y lleva la miserable nobleza del inferior. Es también esta intercomunicación de los dos órdenes lo que hace de Juana de Arco "la más cercana imitación de Jesucristo".

La miseria de Péguy tiene su grandeza no en ser fuente de desesperación y amargura, sino en llevar a la salvación. Ella rompe nuestra armadura de seguridad y de hábito y nos deja desguarnecidos, prestos para ser revestidos por la libertad y la gracia. La miseria material nos libra del hábito bajo su forma más brutal, el endurecimiento por el dinero. La santidad de la pobreza radica en que prepara; es un comienzo de inocencia y de virtud. Péguy habla de las cuatro grandezas del hombre, que son precisamente esas cuatro miserias que faltaban a los dioses antiguos: la enfermedad, la muerte, la pobreza y el riesgo. Su grandeza no reside en ellas mismas, sino en la transfiguración que han recibido del cristianismo al revelarles su destino. La inseguridad temporal a la que se reducen todas las pobreza es la primera escuela del deshabitamiento y la confianza. Igual función desempeña la miseria moral. Péguy nos previene contra

una división de los hombres en virtuosos y pecadores. Ya hemos visto cómo abundan las virtudes aparentes que no son sino comforts. Por lo que se refiere a los pecados, hay pecados desgraciados, los pecados de endurecimiento y sequedad, como el orgullo y la avaricia, y pecados que son como agraciados, esos pecados de debilidad, de ternura, de revuelta, en los que hay más infortunio que malicia. Estos últimos nos arrojan a un estado de miseria que es el estado cristiano mismo. El pecador se encuentra de este modo en el corazón mismo de la cristiandad. El pecado y la gracia se hallan mutuamente articulados. Por eso el pecador y el santo son las dos piezas claves y complementarias del cristianismo. Este pecado agraciado es tal porque es un pecado desarrapado ("miséreux"), inseguro, la grieta por donde puede entrar la gracia. Es ya un deshabitamiento; y Cristo vino a liberarnos no tanto de la herida del pecado original cuanto de su hábito.

En todo esto se refleja la vocación de Péguy, oponerse a toda clase de inercia en la casa del Padre y tender la mano a los pecadores del camino (53). Por eso nadie como él ha cantado la virtud de las almas inquietas y débiles, que no tienen seguridad ni en el mal ni en el bien, que viven en la conciencia de que no son nada, en el abandono en manos de otro, en el "y después ya no me ocupó más", como él dice (54). Estas almas alcanzan una libertad que les llena de alegría y les libra de la desesperación.

La desesperación es para Péguy el mayor pecado del mundo, "la gran tentación carnal" (55) que nos invita al hábito de la miseria. El remedio contra la desesperación es la esperanza. "Ella es esencial y diametralmente el contra-hábito", nos dice (56). Sin ella el mundo seguirá su descenso y arrastraría al hombre con él. La esperanza rehace una y otra vez lo que el hábito deshace. Es el principio de constante recreación, el agente más directo de Dios. Por eso la esperanza no es una virtud fácil. Las demás virtudes siguen la corriente;

---

(53) "Péguy ne s'est pas avisé qu'il pût y avoir dans la vertu une habitude qui se contraindre et se renouvelle à chaque démarche, qui fût un climat et une tension, non pas un mécanisme mort", comenta Mounier. I, 116.

(54) I, 117. (Note conjointe sur M. Descartes, II, 1309).

(55) I, 117. (Porche du mystère de la deuxième vertu, III, 581).

(56) I, 117. (Note conjointe sur M. Descartes, II, 1350).

sólo ella la remonta. Esperar es difícil; lo fácil, la gran tentación es desesperar. La esperanza, por otra parte, no organiza el don de sí. Ella es una fidelidad siempre presente y siempre joven. A cada momento pierde lo que acababa de adquirir; pero tiene en sí un manantial inagotable que le permite recomenzar incansablemente.

Esta capacidad de renacimiento continuo es lo que hace del espíritu cristiano un espíritu revolucionario, siempre en actitud de ofensiva contra el afianzamiento del hábito. Aunque, viendo las cosas con más profundidad no existe tal recomenzar. La esperanza nos introduce en un mundo en el que nada se pierde, en que todo lo que aparece es nuevo, el mundo que construye. "Al mirar de Dios nada se recomienza", afirma Péguy (57). Todo esfuerzo se añade al anterior y se multiplica en santidad. La esperanza, finalmente, por estar amarrada a la eternidad, no se preocupa del mañana. Es descuidada, desapplicada, despreocupada. No calcula ni economiza nunca. Es la confianza y el abandono total. Tiene ocupaciones; pero no preocupaciones: **Cuique diei malitia sua**. "Hay que tener confianza en Dios", nos recuerda Péguy (58), depositar en El todas nuestras penas, amores, preocupaciones, todo. Aunque parezca mentira, esto es lo que más cuesta conseguir de un hombre, que se relaje y se abandone. Es necesario saber abandonarse a la noche (59).

Pero la esperanza sería inútil si no recibiese una respuesta. Para el último pensamiento de Péguy, la esperanza no es sino llamado a una gratuidad superior, la gratuidad de la gracia. Esta es la única gratuidad integral. La esperanza carnal es una flor que se abre a la fecundación de la gracia. No es el refugio de un esclavo que sueña con la libertad para olvidar sus penas, sino la espera de un ser libre en una libertad superior que le ha sido prometida. La libertad no es

(57) I, 119. (*Porche du mystère de la deuxième vertu*, III, 649).

(58) I, 120. (*Ib.*, III, 600).

(59) Péguy ha hablado también del abandono porque era su propio drama, afirma Mounier. Y a continuación nos describe a grandes rasgos este drama profundo de Péguy: "Combien plus justement qu'à Rousseau l'eût-on comparé à Saint Paul. Par tempérament un héros, c'est-à-dire un violent, tendu sur son action pour la régler selon son génie, orgueilleux de sa justice, ivre de son oeuvre, prompt à défier l'épreuve et, du même mouvement, à céder au désespoir. Comment peu à peu il a laissé surmonter cette ardeur par tout ce qu'il portait en lui d'enfance confiante, comment peu à peu, avec des résistances, des raideurs, des révoltes, il a laissé entrer en lui la sainteté, c'est toute l'histoire de sa pensée et l'histoire bien plus belle encore de sa vie". I, 121.

sino una disposición absolutamente necesaria para recibir la gracia sin degradarla.

Gracias a este intercambio de libertades entre el cielo y la tierra, bajo el mundo rígido y sucio de la necesidad va fermentando un nuevo mundo, el mundo de la gracia, únicamente visible para los corazones puros. Un mundo libre y distraído que no comparte las rigideces de la tierra, sus avaricias, sus tergiversaciones. Un mundo joven y ligero en el que las miradas son inocentes y los gestos sencillos. Un mundo dominado por la serenidad y la alegría. Para el Péguy de los últimos años, todo el universo está sostenido por lo sobrenatural y tejido por lo sobrenatural. Sin ello su obra conserva su solidez, es cierto, porque ha subido de la tierra, pero pierde su reflejo. La luz que recibía de arriba, termina diciéndonos Mounier, es el verdadero secreto de este hombre revolucionario que vivió dominado por un ardor terrestre al mismo tiempo que por un sueño angelical (60).

\* \* \*

La visión pesimista del mundo, dominado por la miseria, hace resaltar aún más en la obra de Péguy el valor salvífico de la gracia que permite vivir al hombre en la esperanza. Con razón se le llama a Péguy el "poeta de la esperanza". La filosofía cristiana de Mounier se construye precisamente a partir de esa esperanza, es decir de la confianza de que la salvación actúa en la historia y alcanza a todo el universo. La salvación de Cristo no es una salvación puramente escatológica de los espíritus, sino la liberación de todo el universo de la esclavitud a que lo tiene sujeto el pecado. Todo lo temporal está llamado a colaborar y a participar en esta salvación. Lo que Péguy había aprendido de Juana de Arco y de Bergson —que santidad significa fidelidad exacta a la tarea humana y que el espíritu se compromete en la materia por medio de la acción— ocupará un lugar central en la vida y en el pensamiento de Mounier. Así como también la regla péguysta del buen combate: llevar la acción a término fielmente y luego confiar en Dios para el resultado. En su teología de

---

(60) I, 121-125. "Sa grandeur unique, dice Mounier, c'est d'avoir porté toute la douleur et toute la joie, toute la pitié et toute la sérénité, d'avoir connu et aimé d'un même coeur la vallée des pleurs et les jardins de grâce, sans que jamais, dans ses chants, les harps du ciel soient troublées par les gémissements de la terre. C'est d'avoir écrit le plus beau contique à l'espérance au plus noir moment de la détresse. D'être resté humain tout en sauvegardant son inspiration des renoncements de l'amertume". I, 123.

la historia Mounier nos recuerda que no existen dos historias, una sagrada y otra profana. Sólo existe una historia, la de la humanidad en marcha hacia el Reino de Dios que ya está presente en el mundo. Lo temporal es el sacramento de lo sobrenatural. De ahí que Mounier resuma el compromiso temporal del cristiano en la presencia en todo lo temporal, en la asunción fiel y responsable de la marcha de la historia.

Mounier es aún más realista que Péguy en calificar la miseria material como un mal que debe desaparecer cuanto antes de la historia de la humanidad. Lo que Mounier valoriza es la pobreza; pero entendida, no como simple limitación de bienes materiales, sino como despojo interior que lleva al desapego de toda posesión, y como compromiso con la miseria material de todos los pobres, a quienes va dirigido primeramente el Evangelio. En el clima de miseria material y espiritual que domina aún a la humanidad es donde encuentra su lugar pleno la esperanza.

Toda la tarea humana, según veíamos en Péguy, es una tarea negativa y preparatoria, un allanamiento del camino para recibir la gracia. Mounier, sin disminuir la necesidad absoluta de la gracia y de la transfiguración final por ella de toda la edificación humana, dará un valor más positivo de construcción a la obra civilizadora del hombre. Aunque el Reino de Dios no coincide con la civilización humana, ésta en la medida en que se vuelve más humana ofrece una base más firme al crecimiento del Reino de Dios en el mundo. Tanto para Péguy como para Mounier, lo sobrenatural constituye el sostén y la trama de todo el universo.

Por último, existe también entre ambos una diferencia en la captación de la obra histórica de la gracia. Para Péguy la gracia va haciendo fermentar un nuevo mundo bajo el mundo del hábito; un mundo libre, puro, confiado, sereno. Mounier ve un influjo más marcado de la gracia en las estructuras temporales y en los valores que, por inspiración cristiana, se van fortaleciendo en la historia. Esta incidencia histórica de la vida sobrenatural le impulsa a luchar con todo el vigor de su cristianismo por la edificación de una civilización más humana, la civilización personalista y comunitaria que hará posible el acercamiento al hombre nuevo. Mediante esta nueva civilización se esforzará Mounier en preparar realísticamente la "ciudad armoniosa" soñada por Péguy.

La esperanza cristiana es lo que confiere su mayor vitalidad al espíritu revolucionario de Mounier. El espíritu cristiano, nos dice, es una revolución permanente; precisamente porque está llamado a la perfección sin poder conformarse con ningún logro histórico. Mounier coloca toda su filosofía en dirección al Absoluto, no sólo porque busca encarnarlo más y más en la historia, en lo relativo, sino porque "cree" que el Absoluto se hizo historia y "espera" que la historia quede totalmente sumergida en el Absoluto. Mientras tanto nos invita a vivir en ese "optimismo trágico" que más que una fórmula feliz, es la actitud de quien, luchando desesperadamente en medio de mil oscuridades y fracasos contra la miseria y el pecado que esclavizan a la humanidad, sabe que Cristo ha derrotado a la muerte, y que Dios está realizando la salvación en el mundo.